

tura á que supieron colocarle nuestros abuelos. Y haremos todo esto, sin atacar los ideales políticos de ese ó del de más allá. Aquel que contribuya á elevar el nivel de nuestra ciudad querida, hoy día tan bajo, recibirá de nosotros el aplauso más sincero y entusiasta, ya pertenezca á los partidos avanzados, ya pertenezca á los retrógrados; pero para el que contribuya á nuestro estancamiento, para aquel que con sus errores ó con sus mal intencionadas acciones, sea obstáculo que se oponga á la progresiva marcha de Reus al lado de los pueblos que viven al día, solo acerbas palabras y epítetos nada dulces, tendremos en nuestra pluma. Nuestra política, pues, podríamos decir que será política de administración; pero de administración, no tan solo de intereses materiales, sino mejor de intereses morales, y que no rebasará apenas los límites de nuestra población. En una palabra; nuestra política, lo será todo menos política, dada la manera como aquí suele interpretarse semejante palabreja.

Y ahora me doy cuenta, de que dejándome llevar de mis aficiones reusenses, me he alargado un poco más de lo debido. El Director me llama al orden, diciéndome que no prive á Vds. por mas tiempo, el goce de leer lo mucho y bueno que sigue á estas pobrecitas líneas mías. Por consiguiente, las actualidades tendrán que quedarse para el próximo número, y si les sabe á Vds. mal, no me echen á mi toda la culpa.

Con que, *amables lectoras y benévolo lectores*, sigan Vds. leyendo los trabajos que van á continuación, que yo me despido de Vds. hasta el número próximo de la *Revista*, y con formal promesa de no reincidir en el escamoteo de las actualidades.

O. Rovellat y Prat.

LA VOCACIÓN

Discuten los pedagogos sobre la necesidad absoluta de la vocación para ser un buen educador, llegando algunos, como Diesterweg, á declarar que el estudio de la Pedagogía es superfluo y que se nace educador como se nace poeta. Se tiene por tan elevada y difícil la obra de la educación, que no es extraño se la considere imposible sin una especie de dón del Cielo. Otro pedagogo no menos ilustre, Mr. Buisson, explica cómo el maestro ha de realizarla, diciendo que debe «vigilar delicadamente, y corregir aún con más delicadeza, los defectos del espíritu ó del carácter, persuadir y mandar alternativamente, animar con oportunidad y sólo lo bastante para no enorgullecer, gobernar, en fin, según principios muy fijos, y al mismo tiempo con matices muy sutiles, ése pequeño pueblo, tanto más difícil de manejar cuanto que es más débil y más impotente para dirigirse á sí mismo. Son precisas también condiciones de carácter, cuya ausencia bastaría para hacer fracasar la obra; tener el dón de la paciencia; un aspecto que no es completamente el de la vida ordinaria; una cierta mezcla de

gravedad y de jovialidad en el tono, que gane inmediatamente á los niños; precauciones extremas para evitar cosas que en el mundo y en el comercio de la vida son aceptadas y aun buscadas; evitar la ironía, las contradicciones, las paradojas y todo lo que haga brillar al maestro á expensas del discípulo; mucha inteligencia y ninguna traza de debilidad; nada nervioso, nada brusco; una firmeza inflexible y una dulzura paternal; un gran fondo de sencillez en todo, y, en fin, un esfuerzo, en cierto modo constante y que debe llegar con el tiempo á ser habitual, para acercarse á la naturaleza del niño, vivir su misma vida, someterse á su tono, comprenderle, sufrirle y amarle.»

Comprender al niño y, sobre todo, sufrirle y amarle. ¡Qué misión tan difícil, y al mismo tiempo tan grande y hermosa! Se explica bien, por consiguiente, que el hombre que haya de reunir cualidades tan delicadas y que haya de proceder con amor no pueda hacerlo sin una verdadera vocación. Esta se necesita, seguramente, para todas las carreras y aun para todos los oficios, porque solo se hace perfecto lo que se trabaja con gusto. Sin embargo, hay obras que pueden hacerse con una afición mediana, ó sin ninguna, mediante un esfuerzo de voluntad. No así la labor educativa, desde el momento en que para realizarla se pide sufrimiento, afecto, cariño y amoroso empeño; todo esto no puede suplirse cuando no se siente de un modo, puede decirse así, natural, y el sentir no es cosa que se manda con la cabeza. Somos, pues, de los que creen que para ser un buen educador se necesita la cualidad nativa de la vocación. Pero estamos lejos de las exageraciones del ilustre Diesterweg, contradichas por él mismo prácticamente, ya que se pasó su vida estudiando Pedagogía y que escribió sobre ella.

En cuanto á la vocación, es preciso observar que no se presenta tan clara como generalmente se cree. Los errores de la juventud, en este punto, suelen pagarse muy caros, pues con frecuencia se toma como inclinación á determinados trabajos ú ocupaciones lo que es efecto de un movimiento pasajero, del trato con algunos amigos, de un gusto momentáneo, hasta de un capricho, y á veces de algo que interesa por motivos externos ó que deslumbra por la ostentación y el boato. Y aunque la vocación es mucho, tampoco basta, pues se necesita la aptitud, que no es lo mismo, á pesar de la afirmación de Charbonneau, el cual dice que tener vocación es haber recibido de lo alto una aptitud natural para las funciones de maestro. La vocación es una inclinación hacia determinada actividad de la vida, un deseo de dirigir nuestros esfuerzos hacia ella, un movimiento del ánimo, un amor, en ocasiones irresistible, hacia una obra. Puede, acaso, un hombre sentir esos impulsos sin tener condiciones en sí mismo, es decir, sin ser apto para determinarlos en obra. Claro está que la vocación suele llevar consigo la aptitud, y viceversa; pero no son la misma cosa y, lo repetimos, no siempre van juntas. También eso ha dado y da todos los días lugar á errores que causan graves perjuicios á los individuos, á las familias y á la sociedad.

Conviene, pues, que los padres y los maestros fijen en este asunto toda su atención y no se resuelvan nun-

ca por impresiones de momento, ni aun por gustos, acciones, juegos y otras manifestaciones de sus hijos ó discípulos, que suelen tomarse como indicios ciertos de una vocación decidida; pero, supuesto lo dicho, después de conocida la vocación, aún no se ha resuelto el problema; es preciso asegurarse de la aptitud. Para tomar una determinación que cause estado, digámoslo así, se necesita tiempo, observación seria y detenida y reunión de datos diferentes, que concurran todos á formar una opinión racional.

Por otra parte, la vocación, á veces, suele estar en germen ó como dormida, esperando un momento propicio para despertar. En otras ocasiones puede ser pequeña, y engrandecerse á causa de las circunstancias y mediante una voluntad por aquéllas impulsada, que se aplique con energía á robustecerla y á crear, si es posible, la aptitud.

Si valiera el traer á discusión la persona del que escribe, en el caso presente pudiéramos citarnos como ejemplo.

Los principios de nuestra carrera fueron, durante bastantes años, muy otros que los de la que hoy absorbe casi por completo nuestra atención. Circunstancias que no hay ahora para qué referir, nos llevaron al Magisterio primario, sin que influyeran para nada en nuestra determinación la vocación ni la aptitud. Seguimos los estudios faltos de entusiasmo, y los concluimos sin que llegáramos á convencernos de que la verdadera ciencia del maestro, la Pedagogía, tuviese positiva importancia. Trabajábamos sólo por deber y por la necesidad de hacernos una posición para vivir. Por el único camino que entonces habia, la oposición, entramos en el Profesorado de las Escuelas Normales, y entre las asignaturas que debíamos explicar estaba la Pedagogía. Fué éste un motivo de preocupación y disgusto, porque no encontrábamos en los libros que podíamos manejar, substancia para nuestras lecciones, ni nos sentíamos inclinados á la observación de los discípulos, fuente de estudio la más viva. Comprendíamos que para llegar á algún resultado, era preciso empezar por conocer al hombre, y especialmente al niño; pero no se nos ocurría que pudiéramos estudiarlo más que en los libros, y éstos, los que nosotros teníamos, no nos hablaban al alma. Contenían únicamente contestaciones escuetas á preguntas de un programa hecho para «salir bien» de un examen y ganar un diploma. La llama que debía encender la vocación y abrir nuevos horizontes al espíritu, no se encontraba en ellos. La preocupación, por consiguiente, continuaba, ansiosos como estábamos de cumplir con nuestra misión, sirviendo á los alumnos un alimento sano y vigoroso. Esa preocupación era un torcedor para nuestra conciencia; porque de ningún modo se nos podía ocultar que, aun asistiendo á clase y cumpliendo externamente con nuestro deber, quedaba en el fondo un enorme vacío. Entonces recurrimos á uno de nuestros amigos, muy versado en estudios antropológicos, y nos dió la *Ciencia del alma* de Tiberghien.

Este libro, más que un rayo de luz, fué para nosotros un revelador. Nos descubrió un nuevo mundo, y por él comenzamos á conocer y estimar el estudio del hom-

bre, y lo que vale más, á comprender que podíamos estudiarlo en nuestros discípulos, llevándonos la observación de la naturaleza más lejos que ningún libro. Pero esto no era aún la Pedagogía. Los manuales de esta asignatura nos habían parecido tan inútiles como los de Psicología. *La Educación* de Spencer fué la llave que nos abrió el santuario.

Desde aquel momento nos sentimos la vocación de educador y entramos de lleno en los estudios pedagógicos. Tuvimos amor á la profesión y cariño á nuestros discípulos. No bastándonos la hora de clase, buscábamos su trato, ansiando ganar su confianza, para penetrar en su espíritu, queriendo, aún más que instruirlos, hacerlos mejores. Aproximándonos á ellos, aprendimos á conocerlos, y descubrimos una mina de estudio rica, inagotable. Observando á los muchachos—que, con nuestros hijos, han sido el mejor libro que hemos estudiado,—llegamos á convencernos de que puede hacerse una ciencia de la educación. De tal modo se despertaron nuestras aficiones, nuestro entusiasmo por el Magisterio primario y nuestro amor á la enseñanza, que hoy nos parece haber nacido sólo para educador. Dicho se está que nos referimos únicamente á la vocación, y de ninguna manera á la aptitud y condiciones, que no somos nosotros quien las ha de juzgar.

Desde entonces, la esfera de nuestra actividad como maestro se fué ensanchando en perjuicio, como era consiguiente, de las demás esferas de nuestra vida, que iban cada día acortando su radio; tanto más, cuanto que, al observar los males de nuestro pobre país, adquirimos la creencia de que sólo aplicando grandes energías á la educación popular podría regenerarse nuestro pueblo y levantarse de su postración. Así, y casi desde un principio, fuimos principalmente maestro. Después, á medida que nuestra vocación se afirmaba y aquella creencia se robustecía, nos consagrábamos con mayor empeño á la obra de la educación para ser hoy, antes que nada, y sobre todo, maestro. Tenemos, además, para esto, una razón de conciencia. Entendemos que, cuando un hombre adopta una profesión y de ella vive, y con mayor motivo si desempeña una función que el Estado retribuye, débele lo mejor y más selecto de su actividad.

Por otra parte, siempre hemos creído que la profesión de maestro, es decir, de educador, pide la consagración de lo principal de la vida, ya que no la vida entera. Nunca hemos escuchado á los que dicen que el profesor ha cumplido su misión en cuanto ha terminado la hora de su clase. En diversas ocasiones, y singularmente en un artículo titulado «La educación intelectual» (1), hemos afirmado lo siguiente:

«Es preciso decir constantemente dos cosas, hasta que encarnen en la inteligencia y en la vida del Profesorado en todos sus grados: 1.^a Que la enseñanza sea esencialmente educativa. 2.^a Que el profesor sea maestro siempre, en la clase y fuera de ella: sólo así llenará cumplidamente su misión y cumplirá con su deber, á pesar de lo que digan aquellos que creen... que al pro-

(1) Véase nuestro libro titulado «Estudios pedagógicos», pág. 221.

nunciar la última palabra de la lección, en el último minuto de la hora de su clase, *han ganado ya el sueldo*. No. Nunca me conformaré con este estrecho y mezquino concepto del Profesorado. Nuestra función es más elevada. La sociedad nos remunera para que le demos nuestro sér, educando á sus hijos, y éstos no se educan con discursos, sino desenvolviendo su espíritu con cariño y con amor, dándole una dirección que necesita de nuestros consejos y guía en todos los momentos. Por tanto, el maestro y todo profesor, sea la que quiera su jerarquía universitaria, que cuanto más elevada mayores deberes habrá de imponerle, el maestro, decimos, procurará estar materialmente con sus discípulos cuanto le sea posible, acompañándolos en sus paseos escolares, llevándolos á las excursiones científicas, y hasta tomando parte en sus juegos, y en toda ocasión debe acompañarlos en espíritu, con sus consejos y siempre con su cariño.

Nuestro ejemplo sirve para mostrar cómo puede formarse una vocación. El sentimiento del deber, moviendo la voluntad, puede abrirnos horizontes que creíamos cerrados, y convertir en gusto y placer, como nosotros lo hemos tenido y tenemos, el ejercicio de una profesión que antes considerábamos ajena á nuestras inclinaciones y aptitudes, viéndola quizá con pena y amargura.

Pero no hay que engañarse: la vocación nativa, ó siquiera adquirida, es de absoluta necesidad. Si el profesor la tiene, si ama á sus discípulos, si, junto con sus hijos, los considera como parte de su familia, no sólo cumplirá sus deberes sin molestia, sino que en ellos encontrará satisfacciones y alegrías; pero si no siente la vocación necesaria, si ha tomado el magisterio como un oficio, sólo para ganar el pan de cada día, ¡ah! entonces su labor de maestro será una pena, una carga y hasta un martirio. En ese caso, háy un solo camino que seguir: no emprender la carrera, ó si por equivocación se ha emprendido, resolverse á dejarla sin vacilación alguna. Esto impone la conciencia, de acuerdo con nuestros propios intereses, porque rara vez alcanzamos lucro en lo que no hacemos con vocación y gusto, y de todos modos, vale más que la ganancia material, el ahorro del insoportable tormento de que hemos hablado, y la tranquilidad de que goza el hombre viviendo según sus inclinaciones.

A. Sardá.

IDILI PRIMAVERAL

El Sol va devallant allà á la serra
llençant sos rajos pàlids per la terra,
y els arbres despullats, sentint esglay,
estiren les brancades vers l'espay.

El Sol se pon, y Ells dos, entre-llaçats,
fan via enllà dels ceps endormiscats
vetllats del seu amor en plena aubada.
Y Ell diu: —«El camp no es mort, ma enamorada.
No'l sentes revifar?... Fins el cel blau
fa creure en dies grands, rosats de pau!»—

La Verge—com á verge piadosa—
aixeca'l seu esguard silenciosa
en vers del estimat y en vers del cel.
(La verge, sent la força d'un anhel...)

El Sol ja es post.—Els ceps endormiscats
s'extenen fins al lluny arrenglerats.
Y Ells van fent el camí de l'Il-lusió
entre-llaçats....

—Y mimva la clarò...—

Els admetllers, ayrosos y atrevits
en mitg dels companys sechs y esporuguits,
sentint alé de vida dintre'l cos,
frisen pera esclatá en primeres flòs.

Plàcid Vidal Rosich.

Barcelona.

Crónica Científica

BARTRINA Y LA TELEGRAFÍA SIN HILOS

(CONCLUSIÓN)

Veamos ahora, que tiempo es ya de hacerlo, cuales son las consecuencias que podemos sacar de un análisis detenido de las palabras escritas por el malogrado Bartrina.

Empieza Bartrina, mostrando su extrañeza ante el poco provecho que se ha sacado de las corrientes telúricas, de esas corrientes eléctricas hipotéticas que se admite que recorren la Tierra en dirección de Este á Oeste, con el fin de explicar los fenómenos del magnetismo terrestre, y como queriendo comprobar la utilidad de tales corrientes, dice que el micrófono funciona bien con ellas, y añade luego, como si quisiera remachar aún más el clavo que, *hasta cree que propagándose* etc. Y pregunto yo: ¿Qué tienen que ver las ondas eléctricas con las corrientes telúricas? ¿Si Bartrina creía que aquellas podían servir para la transmisión de señales por medio de la electricidad y sin hilos conductores, para qué mentar entonces las segundas? ¿Y si eran las ondas eléctricas las que propagaban la electricidad sin necesidad de conductores metálicos, qué papel hacían entonces las en sentir de Bartrina, poco aprovechadas corrientes telúricas?

Yo no negaré rotundamente que, valiéndose de esas corrientes terrestres, pudieran transmitirse á distancia determinadas señales. Perturbaciones del campo magnético terrestre (1), producidas de modo conveniente, podrían originar en la aguja magnética desviaciones que nos podrían servir para la transmisión de dichas señales; es cierto y no lo ignoro; pero sí que afirmo, que estas perturbaciones tendrían un radio de acción limitadísimo, tan limitado que, si la telegrafía sin hilos tuviera que prosperar por tales derroteros, no habría salido aún, ni saldría nunca del concepto de *cosa hipotética* en que la había dejado Maxwell. Y sobre todo, ¿por qué, si Bartrina, en sus ensayos de

(1) Se llama campo magnético correspondiente á un imán, á la porción de espacio en que se deja sentir la influencia de dicho imán.